

## El secreto del rey cautivo

### Antonio Gómez Rufo

Quizás hiciese un hermoso día de primavera, pero lo cierto es que nadie tuvo tiempo para detenerse a reparar en los colores del cielo. Desde el amanecer, oleadas de susurros y suspiros de miedo se extendieron por la ciudad como si todos sus habitantes supiesen que se avecinaban horas de luto. Hasta los famélicos perros, tan habituados al sesteo, zigzaguearon apresurados por las callejuelas solitarias olisqueando el viento y buscando en lo alto, donde el cielo parecía quebrarse, algún signo de tormenta. Pero no eran truenos secos los que sonaban a lo lejos y causaban su inquietud, sino los primeros aldabonazos de la sublevación popular que se estaba levantando en Madrid contra los franceses, rasgando la alborada.

En el taller de bordadoras de la calle de las Fuentes las costureras habían acudido puntuales al trabajo, como cualquier otro día. Pero ahora se mostraban más silenciosas que de costumbre: ninguna de ellas canturreaba, ni siquiera Paquita, en quien un ruiseñor, al nacer, había plantado un nido en las honduras de su garganta y ya nunca se echó a volar. Ninguna cantaba, no; ni tampoco hablaba. Incluso Teresa, una mujer decidida y hermosa como una cimitarra, se había guardado para sí aquel escalofrío que sintió al amanecer, un latigazo de dolor que le pareció una señal del diablo.

Al llegar, todas habían repetido atropelladamente las frases oídas a los hombres y algunos labios habían temblado, sin lágrimas; pero después empezaron a coser y a bordar con resignación, como si la mañana no fuese víspera y en las calles de Madrid la vida no se hubiese tropezado una vez más con la tragedia.

Doña Eugenia, la patrona, también cosía sin levantar los ojos de la pañoleta que estaba bordando, pero en las arrugas apretadas de los ojos se le dibujaban los miedos. A las diez había ido ya dos veces a la trasera de la casa con la excusa de rellenar el botijo con agua fresca, sin que nadie lo hubiese mermado; y a las diez y media había dejado por fin de disimular y se asomaba desasosegada a la ventana, mirando a un lado y otro de la calle, como si esperase la llegada de una importante visita que se retrasaba. Las modistillas, cada vez más inquietas, terminaron por contagiarse del nerviosismo de la dueña, cosían despacio sus labores y se herían una y otra vez con la aguja, como aprendices. Hasta que Teresa, la más veterana, no pudo resistirlo más.

- Apacigüese ya, señora Eugenia, por lo que más quiera. Que le va a dar un aire.

- Sí, hija, sí –respondió la mujer, pasándose una esquina del chal por la cara y los lagrimales-. Tienes razón. Pero este silencio me está despertando gatos en las tripas.

- Lo que yo decía: eso va a ser de la misma hambre...

Las demás costureras rieron la ocurrencia de su compañera porque en semejantes circunstancias cualquier excusa hubiese servido para rasgar la tensión que les oprimía el pecho; y además, porque aún no se habían desayunado, aunque precisamente aquel no fuese el día en que más lo echasen a faltar. Pero doña Eugenia, complacida por compartir cualquier viruta de alegría en aquella mañana de plomo, por pequeña que fuese, accedió de buena gana a decretar un rato de recreo para dar cuenta del queso, el vino y el pan que guardaba para el almuerzo.

De repente el eco de un obús, caído sobre la multitud que se agolpaba ante Palacio, sacudió el taller con la fuerza de un rayo cercano. Unas mujeres se taparon la boca con la mano, ahogando un grito, y otras, las más jóvenes, no pudieron evitar echarse a llorar. Doña Eugenia se abrazó a la más joven, Manuela, y le apretó la cabeza contra su pecho, para sujetarse el miedo. Un hombre descamisado, esgrimiendo una charrasca en la mano, cruzó la calle corriendo mientras gritaba:

- ¡A las armas, todos a las armas! ¡Muerte a los franchutes...!

Las mujeres se abalanzaron a las ventanas, volcándose sobre el alféizar, hasta perder de vista al hombre que corría en dirección a la Plaza Mayor. Otro paisano pasó ante ellas, asimismo desbocado.

- ¡A las armas, a las armas...! ¡Que se llevan al infante!

Manuela miró a la patrona, con los ojos brillantes como diamantes puestos al sol.

- ¡Por fin! ¡Por fin la guerra al francés, señora Eugenia! ¿Qué hacemos? ¿Eh?

Todas se volvieron para ver qué decidía el ama. Pero doña Eugenia permaneció en silencio, pálida, con la mirada perdida, sin pestañear. Las mujeres esperaron ansiosas su decisión, pero ella parecía haberse quedado muda, alelada, como ida. Teresa corrió a su lado y la zarandó.

- ¿Qué le pasa, eh? ¡Eh! ¡Señora Eugenia!

Y el ama, sin mover los ojos ni gesto alguno de su cuerpo, con una voz apenas audible, alcanzó a decir:

- Que me estoy meando...

Y, en efecto, todos los ojos comprobaron el charco que, a sus pies, se fue extendiendo como un río de lava dorada.

Un cañonazo; otro más. Disparos desordenados. Correrías de hombres arriba y abajo por las calles, gritando consignas y enarbolando pistolones, cuchillos y garrotas. Por la calle de las Fuentes, de las Hileras, Arenal... Por la calle Mayor... La ciudad parecía haber enloquecido. Pero no había lugar para la sorpresa en aquellos momentos porque todas sabían lo que tarde o temprano iba a ocurrir. O en todo caso lo imaginaban porque el día anterior, domingo, Murat había cruzado la Puerta del Sol con su Estado Mayor para dirigirse al Prado, en donde iba a efectuar la revista a las tropas francesas acampadas en Madrid; y a su paso se oyeron silbidos, abucheos y gritos contra él, el gran mariscal Murat, el altivo duque de Berg. Desde entonces no se había hablado de otra cosa en los corrillos públicos y en las casas durante la noche, donde los vecinos susurraban lo que se avecinaba. En el interior de la ciudad y también en otros muchos pueblos de los alrededores. Porque aquel domingo primero de mayo era día feriado, celebrándose la tradicional Feria anual de Santiago el Verde, y muchos campesinos se encontraban en la capital llevando a cabo sus negocios. Además, desde la mañana se habían repartido por todos los rincones de Madrid pasquines con un texto tan enigmático para los franceses como evidente para los madrileños: "Las diez de la mañana es la hora fatal acordada para alzar el telón a la más sangrienta tragedia".

Aquella era, pues, una cita ineludible para congregarse ante Palacio aquel lunes 2 de mayo de 1808; una llamada a la que todos acudirían airados y sin saber muy bien para qué.

Durante la noche se había respirado un aire desacostumbrado que no presagiaba nada bueno. Y desde primeras horas, por las calles desiertas, varios grupos de vecinos armados habían ido desplazándose de un lugar a otro a los gritos de ¡Muera Murat!, ¡Fuera el extranjero! o, sencillamente, dando vivas a España.

Se dirigían al Palacio Real.

Desde entonces, las bordadoras habían oído gritos y correrías. Y después un gran silencio. Pero ahora ya podían oír los disparos de la fusilería, los cañonazos y otras descargas de arcabuces. Los hombres corrían de aquí para allá con gran desorden, llamando a la defensa de Madrid. Algunas mujeres, remangadas las faldas, corrían también en dirección a la Plaza Mayor exhibiendo facas, navajas, cuchillos o cualquier otro utensilio punzante que sirviese para la lucha. Algunos edificios de madera se habían incendiado y crecían humaredas densas, como neblinas, y llovías azules, de cenizas. Llantos de niños y aullidos de madres rompían los silencios de las pequeñas pausas abiertas entre la furia de las andanadas, como grietas sordas en mitad de la zalagarda. Y es que las guerras en las ciudades, sea quien sea el vencedor, no son guerras, sino matanzas.

Antes del mediodía el ruido de los disparos provenía de todas las esquinas de la ciudad. Se oían ecos de combate y el viento traía estridencias de metal y olor a sangres recientes. En el taller, la mayoría de las bordadoras musitaba rezos o guardaba un silencio acobardado, sin atreverse a salir; y aunque Teresa, la más sosegada también, propuso que se fuesen a sus casas a resguardarse, por temor a las represalias de los invasores, Manuela, la más joven de todas ellas, levantó la voz para decir que lo que tenían que hacer era unirse a los hombres que se alzaban en armas en el Parque de Artillería o ayudar a los combatientes en la Playa Mayor, que estaba muy cerca.

- Pero, hija..., ¿qué podríamos hacer allí? Sólo estorbar... –replicó doña Eugenia.

- Por lo menos recargarles el mosquetón; para eso sí les servimos.

- Ay, Manuela... –se santiguó la patrona-. Con quince años y ya tan *echá p' delante*...

Las otras mujeres miraron a la muchacha con curiosidad, que parecía crecer como si se estuviese abriendo una flor en un parterre del jardín; y luego se volvieron hacia la dueña, intrigadas por saber qué le replicaría.

Pero Manuela Malasaña, impaciente, insistió:

- Bueno, ¿vamos o qué?

Estaba hermosa la joven en aquel momento, con los ojos muy abiertos, iluminados por el brillo de la mañana, húmedos por la emoción, firmes como si jamás hubiesen conocido la sombra que deja el miedo al cruzar la oscuridad en mitad de la noche. El pelo ondulado y negro, como las crines recién cepilladas de un caballo árabe, enmarcaban un rostro pálido de labios gruesos y sonrosados, nariz regordeta y barbilla altiva. Su cuello era largo, su escote liso y su busto se alzaba en plena madurez. No sonreía, pero tampoco había en aquel rostro lugar

donde pudiese esconderse el temor. Plantada en jarras en medio del taller, observando una a una a sus compañeras, resplandecía como un retrato antiguo. Mirándola, la patrona no sabía qué decidir. Su obligación era cuidar de sus empleadas, procurar que nada les ocurriese. Y si ese era su deber con todas ellas, sobre todo debía cuidar de Manuela, la más joven, a la que más quería también. Y dejarla cumplir su voluntad era un riesgo tan grande que no se atrevió a correrlo, aunque una rabia oculta le invitase a unirse aquella mañana a quienes estaban saliendo a las calles intentando recuperar la libertad. Pero si le ocurriese algo, si algo malo le sucediese, no se lo hubiese perdonado jamás. No, no podía acceder a sus deseos.

- Nos quedaremos aquí –dijo finalmente, clavando los ojos en los de la niña Manuela-. Seguiremos trabajando...

- Pero... –inició una protesta la joven.

- ¡Ea! ¡Ya me habéis oído! –Doña Eugenia se volvió para que no descubriesen en sus ojos la verdadera razón de su decisión-. ¡A trabajar! Y esta tarde, si las cosas están más tranquilas, nos iremos todas a casa.

La patrona miró por la ventana y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Al otro lado de sus pensamientos, en algún lugar de la ciudad, un hombre estaba en aquel mismo momento librando una guerra que ella daba por perdida de antemano. Tal vez hubiese caído ya, quizás estuviese muerto, o yaciera desangrándose como un ajusticiado entre otros cuerpos también despedazados por una bala de cañón, o el tajo de una bayoneta extranjera. Pero él era así; siempre fue un iluso, un idealista, un idiota: al amanecer había afilado la faca, había engrasado el pistolón y se había lustrado las botas como si tocase boda. Se había preparado para morir. Y tal vez ya lo hubiese hecho. ¿Un idiota? No, un idiota no, de ningún modo; un hombre honesto, como Dios manda, se dijo para sí. Y de pronto empezaron a correr lágrimas por sus mejillas a causa de aquel hombre, su marido, que no había podido darle hijos pero que le había regalado los veintisiete años más hermosos de su vida. Ahora no sabría en dónde guardar los recuerdos de toda esa vida para que no le arañasen la garganta y le quemasen las tripas, si algo le llegara a ocurrir. Cuando muere un ser querido, pensó, debería llevarse con él todos los recuerdos que fue plantando en quienes lo amaron, así al menos no seguirían floreciendo en su ausencia y el dolor sería menos. Pero nunca se los llevan y los recuerdos son pensamientos que se presentan sin autorización para sembrar una emoción que no se busca. Doña Eugenia se tapó la cara con las manos y no supo responder las preguntas que le vinieron a la cabeza. ¿Dónde estaría ahora? ¿En dónde podía estar? Muerto y vencedor, seguramente; porque vivo y vencido no era posible.

Entre tanto, también se le humedecieron los ojos a Manuela, pero por motivos muy distintos.

Y ninguna de las dos quiso ser descubierta.

- La guerra pertenece a la brutalidad de los hombres –musitó doña Eugenia, sin volverse, aunque todas se lo oyeron decir.

- *Pué ser* –replicó Manuela, enrabiada, quitándose la única lágrima que resbalaba por su mejilla-. Pero la libertad no es sólo de ellos.

El silencio se adueñó del taller, dibujando un paisaje de sepulturas. Afuera, a lo largo de todo el día, siguieron atronando disparos y vómitos de cañón. Desde la ventana vieron pasar heridos transportados por otros hombres camino de los hospitales de la calle del Arenal o de casas particulares. Hubo un desfile de camisolas teñidas de rojo, de cuerpos mutilados, o rotos; de cabezas ensangrentadas. Algunos eran rostros conocidos; otros casi infantiles. Al fondo del vendaval, las campanas de algunas iglesias no dejaron de tañer, en la plaza de Celenque y en la de Santiago, hasta bien cerca del mediodía. Y ningún pájaro se atrevió a revolotear los cielos.

Fue un día largo, como si se cruzase hambriento.

Hasta que pasadas las cuatro de la tarde un silencio afilado, rescatado de un viento de marzo, sumió a la ciudad durante un largo rato en la calma de un paraje nevado. Una serenidad tan escalofriante que, de repente, pareció que el mundo se hubiese dormido. O muerto. Como la quietud otoñal de una noche sin lluvia.

A partir de esa hora las mujeres sólo oyeron, mullidos por la distancia y espaciados en el tiempo, descargas salpicadas de fusil y latigazos cobardes de fuego en represalia contra los vencidos. Ya no les cabía la menor duda: Madrid se había comprado el traje del luto sin importarle estrenarlo y ahora estaba pagando a toda prisa el delito de no haber sabido someterse.

Doña Eugenia se volvió a asomar a la ventana, una vez más, con la excusa de comprobar si las calles habían recobrado la tranquilidad; pero en realidad soñaba con la

posibilidad de ver aparecer a su hombre, aunque fuese herido. Pero no vio a nadie. En cambio, empezó a oír a lo lejos, como todas las mujeres, un extraño ruido de pies arrastrados, una carraca acompasada que se avecinaba como si la tierra estuviese siendo arrasada por el monótono rasguño de mil rastrillos inmisericordes. Era el avance seguro de una patrulla militar, apenas una compañía de un centenar de soldados franceses y españoles comandados por un oficial extranjero. Una más de las muchas que ya a esa hora recorrían la ciudad.

El ruido que producía el reptar de las botas militares se fue acrecentando y, con toda nitidez, se oían las correrías que les precedían, huyendo en zigzag, como se oye a los roedores en el sigilo de la noche. Eran los madrileños que huían de los invasores, los paisanos que retrocedían en busca de un lugar más seguro donde esconderse o desde el que continuar la resistencia. Las bordadoras reconocieron a alguno de ellos: a don Pascual López, el oficial de la Biblioteca del duque de Osuna, que corría a morir en las gradas de San Felipe el Real; a Francisco Bermúdez, el ayudante de cámara; a Miguel Castañeda, herido de bala en la Puerta del Sol, que se arrastraba aún con un gran coraje; a don Antonio Colomo; al carpintero Miguel Cubas... Y a otros muchos. Algunos ilesos; los más, manchados por sangres propias o ajenas.

De pronto, Teresa descubrió entre ellos a Lorenzo, al napolitano don Lorenzo Daniel, célebre autor teatral repetidamente representado en las viejas corralas madrileñas. Al reconocerlo se le escapó un gemido de horror y se tapó la boca con la mano. Cojeaba visiblemente: no cabía duda de que estaba herido o de que se había lastimado una pierna en la huida. Se le veía agotado. Teresa pensó que, de no hacer algo, pronto los soldados le darían alcance y lo ejecutarían allí mismo. Decidida, sin pensarlo dos veces, salió del taller para recogerlo. Doña Eugenia pretendió impedirselo, pero fue demasiado tarde. Empezaron a oírse disparos cercanos y algunos impactos llegaron a levantar astillas en las casas cercanas y yescas en las piedras de las fachadas de enfrente. El autor teatral jadeaba en el suelo, agotado, y Teresa, sin atender el fuego enemigo que dañaba los oídos y levantaba minúsculos volcanes de polvo en la calzada, corrió a su lado y se tendió junto a él.

- ¡Vamos, Lorenzo! –le dijo-. ¡Un esfuerzo más!

El escritor la miró, confundido, sin entender de dónde había salido la mujer.

- No puedo... –se lamentó.

- ¡Claro que puedes! ¡Vamos! ¡Apóyate en mí!

Teresa lo ayudó a levantarse y lo acarreó en dirección al taller. La patrulla, en ese momento, cruzaba imparable la plaza de Herradores desde la calle Mayor y los soldados más avanzados podían ver la calle de las Fuentes en donde Teresa cargaba con Lorenzo Daniel, apartándolo del alcance de sus arcabuces. Las muchachas del taller, agolpadas en las ventanas, alentaban a su compañera, apresurándola. Teresa apenas podía con el peso del dramaturgo, que se desvanecía y volvía a recobrar la conciencia una y otra vez; pero no cejó en su empeño de apartarlo del camino.

- ¡Vamos, vamos, un poco más!

- ¡Así, así! ¡Puedes conseguirlo, Teresa! –gritaban las mujeres mientras arreciaba la lluvia de balas-. ¡Vamos!

- Un poco más... –repetía la mujer, arrastrándolo.

Un metro, tal vez dos. La puerta del taller, abierta, esperaba para acogerles. Doña Eugenia, resguardada tras el quicio, la apuraba para que hiciese un último esfuerzo. Tres pasos, dos, sólo uno... Uno más...

Pero no lo consiguió. Fue una bala, otra más. La última. Una bala que se incrustó en la cabeza de don Lorenzo Daniel, el autor teatral, salpicando el corpiño de Teresa de sangre roja y de esquirlas amorfas del cráneo. El hombre quedó con los ojos en blanco y el rostro desfigurado. Aun así, Teresa lo acarreó hasta introducirlo en el taller sin saber que ya estaba muerto. Y cuando agotada, sin resuello, reparó en él, sintió la inmensa rabia de comprobar que aún le quedaban lágrimas. Se echó sobre su cuerpo inerte y lloró, lloró ruidosamente, entremezclando su sudor con la sangre que brotaba imparable de la cabeza del hombre.

Doña Eugenia corrió a cerrar la puerta y le rogó que se callase. Ordenó a las mujeres que se tendiesen en el suelo hasta que pasase la patrulla y arrancó a Teresa del cuerpo del comediógrafo.

- Lo han asesinado, asesinado... –lloraba inconsolable-. ¿Cómo han podido? ¿Cómo...?

- Vamos, mujer, vamos... –intentó consolarla doña Eugenia-. Todos estarán orgullosos de él, ya lo verás... Y ahora calla, por lo que más quieras. Nos pueden oír...

- ¡Ay, Lorenzo! ¡Mi Lorenzo...!

Las mujeres, aterradas, permanecieron tendidas en el suelo, llorando o rezando, con el corazón rompiéndose con cada una de las detonaciones, cada vez más cercanas, y con los pasos rasgados que se aproximaban como una marea de tierra seca. Sin atreverse a decir palabra, ni siquiera a gemir. Sólo María de la Cruz, escondida junto a Manuela Malasaña, susurró:

- ¿Pero el señor Daniel no era el marido de la señora Felisa?
- Claro... Pero a saber qué tenía ésa con el literato...

Al anochecer, la ciudad pareció recobrar la calma. Sólo se oían, a lo lejos, pequeñas descargas, disparos sueltos y aullidos de pelotón de fusilamiento. Truenos falsos que criaban ecos en el Prado, en la montaña del Príncipe Pío, en el parque del Buen Retiro o en las tapias de la iglesia del Buen Suceso, donde ejecutaban a los prisioneros; o de los que, arcabuceados, morían desangrados en Preciados, Cibeles, la Puerta de Alcalá o en la misma Puerta del Sol. Pero poco a poco, espaciadas las estridencias como las toses de un agonizante, la noche se fue vistiendo de velatorio. Fue entonces, alrededor de las ocho, cuando doña Eugenia ordenó a las bordadoras salir y, sin entretenerse, correr a sus casas, en donde les rogó que se resguardasen hasta que les diese aviso de que podían volver al trabajo. De momento, dijo, el taller quedaba cerrado.

Manuela Malasaña recogió las telas en las que trabajaba, un juego de agujas, hilo de coser y sus tijeras de corte y salió sin despedirse de ninguna de sus compañeras. Vivía lejos, en la calle de San Andrés, y por un momento dudó qué camino debía tomar. Fue la primera en salir, la más decidida también, pero una vez en la calle no estuvo segura de si lo mejor sería recorrer la calle ancha de San Bernardo, como todos los días, o desviarse por callejuelas menos expuestas, Tudescos, Luna y Magdalena, para llegar a su casa.

Hasta unas manzanas más allá no fue consciente de que estaba absolutamente sola. El gas de las farolas públicas no había sido encendido y el silencio era aterrador. En las ventanas no había luces, los comercios estaban cerrados y nadie cruzaba las calles. Nada invitaba a pensar que quedase un hálito de vida en aquel Madrid que parecía vencido. Sólo una tos seca, seguida de un gemido lastimero, le reveló que el bulto que permanecía inmóvil en el suelo, al doblar aquella esquina, era un hombre que esa noche iba a morir. Un gato, atrevido, se cruzó ante ella mientras el refulgir de la luna dibujaba sombras espectrales a su alrededor.

Manuela, de repente, sintió tanto miedo que no pudo hacer otra cosa que echar a correr. Y, como una liebre perseguida por perros cazadores, subió la calle de San Bernardo con el corazón incapaz de seguirla y el alma atravesada en la garganta. No hay nudo más apretado que el que estrangula la angustia.

Antes de llegar a la mitad de la cuesta, dos soldados franceses que estaban clavando un bando en una pared oyeron el repicar de un taconeo de mujer y salieron a su encuentro, cerrándole el paso. Uno de ellos la sujetó por un brazo mientras el otro le apuntaba a la cabeza con su mosquetón. La niña, sobresaltada ante aquella aparición, gritó horrorizada, pero de inmediato una mano le cegó la boca.

- ¿Y tú adónde vas? –le preguntó en su idioma el soldado, reteniéndola con todas sus fuerzas para impedir que la muchacha escapase.

- ¡Déjeme! –intentó zafarse, sin conseguirlo-. ¡Socorro, socorro!

Pero en medio de aquel océano de terror no hubo nadie que la auxiliase. Ni siquiera se encendió un candil en las casas de los alrededores.

- Tranquila... –el soldado que la mantenía sujeta empleó un tono de voz suave, pretendidamente inofensivo, mientras la atenazaba para mantenerla inmóvil.

- Como una gata rabiosa, mírala –reía el otro soldado, sin dejar de apuntarla con el arma.

Manuela persistió durante unos segundos en su intento de escapar, revolviéndose y retorciéndose con todas sus fuerzas, pero pronto se dio cuenta de que no lo conseguiría. Entonces dejó de oponer resistencia y, bajando los brazos, intentó recuperar el resuello.

- Déjenme en paz –replicó, enérgica-. Voy a mi casa.

- Sí, sí, desde luego –dijo el francés, sin comprender lo que había dicho la niña. Y añadió:- Eres muy bella, ¿sabes? Voy a tener que registrarte...

Manuela tampoco entendió al francés, pero comprendió sus intenciones cuando de repente empezó a tocarla por todo el cuerpo, primero la cintura, luego las caderas, después... Y entonces ella dio un respingo, saltó hacia atrás sorprendiendo al distraído soldado y, libre, sacó

de la faldiguera las tijeras que había cogido del taller, enarbolándolas como si fueran un puñal, o una cruz capaz de realizar un exorcismo. El soldado que la manoseaba, sin perder la sonrisa, asistió complacido a la defensa del pudor que manifestaba la joven, observándola divertido; por el contrario, el otro soldado, irritado, aproximó rápidamente el cañón de su mosquete hasta posarlo sobre la frente de la muchacha.

- ¡Estate quieta! –gritó, enfurecido.

- ¡Española! –ironizó el otro, sin dejar de sonreír-. ¡Es toda una mujer española!

- ¡Como se acerquen los mato! –balbució Manuela, aterrada.

- Oh, sí, sí... –rió el soldado otra vez-. ¡Española! Salvajes y ardientes, como vuestros bailes. Nos gustaría comprobarlo. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Te prometo que, si lo haces, después te dejaremos libre. No deberías desaprovechar una ocasión así, ninguno de nuestros compañeros sería tan amable contigo...

Manuela no entendió una palabra del discurso del francés, pero lo observó mientras hablaba para encontrar algún sentido a aquella perorata dicha en idioma extranjero. Y el soldado, al darse cuenta de que ella no le entendía, sin palabras escenificó los gestos que traducían su proposición y, para acabar, se acercó con la intención de besarla. La niña intentó separarse, pero el del mosquetón la sujetó por los cabellos, haciéndole daño. Y cuando sintió los labios calientes y mojados del francés sobre los suyos, en un esfuerzo supremo sacudió la cabeza y le golpeó en la nariz, que de inmediato se puso a sangrar. El soldado, sin pensarlo, apretó el gatillo; y la bala, envuelta en pólvora y fuego, atravesó el cuello de la muchacha, que cayó desplomada como un fardo de ropas viejas.

El soldado que había disparado la vio tambalearse y caer, sin inmutarse, y luego escupió sobre ella, dibujando con su boca un gesto orgulloso de desdén. Pero el otro, que no había dejado de sonreír a pesar del golpe recibido, congeló sus labios, observó espeluznado la escena y miró a su compañero incrédulo, desconcertado.

- ¡Pero..., si era una niña!

- Era una puta.

- ¿Una puta?

No hubiera podido explicarlo. Tal vez se le rompió el reloj de la cordura que ciertos hombres llevan escondido en algún lugar de su cerebro: la mano decente que mueve la marioneta de las actitudes honradas. O tal vez ya estaba asqueado de la jornada de sangre y dolor que había vivido desde el amanecer. Algunas veces los hombres no pueden sobreponerse a la realidad, y la inventan o la construyen para sobrevivir. Y si no lo consiguen, o la realidad les despierta del letargo, comprenden que ya nunca tendrán fuerzas para quedarse a solas consigo mismos y prefieren acabar cuanto antes con todo. La vergüenza es una máscara negra que uno desea tener para cubrirse el rostro en ciertos momentos. Y tal vez fuera la vergüenza: no podría explicar qué fantasmas ensombrecieron en aquel momento su razón de hombre, ni qué fue lo que le impulsó a actuar así. Pero el buen soldado, olvidándose de pestañear, vio desangrarse el cuerpo de la muchacha, luego miró a su compañero, levantó el mosquetón, le apuntó a la cabeza y descargó su arma, matándolo al instante.

- La puta lo sería tu madre, cerdo... –escupió.

Las dos detonaciones, tan seguidas, rompieron el silencio de la noche y alertaron a una patrulla mixta que rondaba los alrededores, inspeccionando las calles. El oficial francés que la mandaba llegó hasta el lugar de los hechos y, al ver tendidos los dos cuerpos, uno junto al otro, preguntó qué había pasado. El soldado seguía apuntando a su compañero, con los ojos vacíos, sin expresión. Volvió a ser preguntado y no pudo responder, ni siquiera moverse. El oficial, enfurecido, le ordenó que se pusiera en posición de firmes y le entregase el arma, pero el soldado tampoco se inmutó. Y entonces, arrebatándole el mosquetón, lo empujó hasta el centro de la calzada y gritó:

- Soldado. El asesinato de un compañero en campaña es delito de alta traición. En virtud de la autoridad que me está conferida, declaro este acto juicio sumarísimo y te condeno a ser ejecutado. ¡Pelotón!

Y, volviéndose a los hombres de su patrulla, apartó a los soldados franceses de los españoles, hizo alejarse a éstos, ordenó a los suyos formar una fila y preparar las armas. No hubo tiempo para más. El buen soldado no supo qué estaba sucediendo, lo que impidió que el miedo se diese un banquete más aquella noche. Al instante, el oficial cumplió con el rito de la orden:

- ¡Preparados! ¡Listos! ¡Fuego!

La andanada rompió el pecho del soldado, rasgando la casaca, que despidió vaharadas de humo azul. El oficial se aproximó al cadáver y disparó la pistola sobre su cabeza, cerrando el caso con el tiro de gracia.

- ¡Vamos! ¡Llévoslo de aquí! ¡Y a ese también! –ordenó a sus hombres, profundamente irritado, tal vez consigo mismo, quizá con todo lo que le rodeaba-. ¡Terminaremos todos locos...!

Poco después la calle de San Bernardo se volvió a quedar silenciosa y lúgubre, como antes de que pasase por ella una muchacha de quince años que regresaba atemorizada a su casa, corriendo. Sólo que ahora, en el centro de la calzada, permanecía inerte el cuerpo de una niña en medio de un charco de sangre que nadie se atrevió a levantar hasta el nuevo amanecer.

Nadie recogió su cuerpo. Pero sus tijeras sí. Una mujer que ya no tenía nada que perder, ni casi nada por lo que vivir, pasó por allí a los pocos momentos y se guardó las tijeras para no olvidar nunca que tenía un doble motivo para la venganza: un amor asesinado y una amiga a la que había visto morir desde lejos.

Teresa, la bordadora, había seguido los pasos de Manuela esa noche porque no sabía adónde ir y había pensado que tal vez la muchacha fuera a reunirse con algún grupo de los que aún resistían contra los franceses. Pero antes de llegar hasta ella vio su detención y luego su muerte, y comprendió que ya era demasiado tarde.

El certificado de defunción de Manuela Malasaña, que se redactó días después, y se compulsó años más tarde, decía así: "*Manuela Malasaña, soltera, de edad de quince años, hija legítima de Juan, difunto, y de María Oñoro, parroquiana de esta Iglesia, calle de San Andrés, num. 18, murió el dos de mayo de 1808, se enterró de misericordia. Concuerta con su original a que me remito. San Martín, de Madrid y mayo 12 de 1815. Fray Bernardo Seco*".